

UNA LEY DE LA HISTORIA DE LA IGLESIA

PRIMERA PARTE

Si consideramos que el movimiento que se ha producido en la historia de la Iglesia, y que ha dado lugar a la aparición de una nueva ley, es el resultado de una serie de causas que han actuado en conjunto, y que han producido un efecto que no puede ser explicado por ninguna de ellas por separado, entonces podemos afirmar que la historia de la Iglesia es una ciencia que estudia el desarrollo de una ley que se va formando y perfeccionando a lo largo del tiempo, y que es el resultado de una serie de causas que han actuado en conjunto, y que han producido un efecto que no puede ser explicado por ninguna de ellas por separado.



UNA LEY

DE LA

HISTORIA DE LA IGLESIA

Sabido es que el arca de Noé simboliza la Iglesia, y como esa nave maravillosa salvaba al género humano y cuantas cosas le son necesarias para la vida, en medio del cataclismo formidable que hizo verter sobre la tierra el caudal del mar y las cataratas del cielo, la Iglesia de Jesucristo, cuando vientos de dañosas doctrinas ó de malas pasiones se desatan sobre el haz de la tierra, recoge piadosa la verdad y el bien, los defiende denodada, y más benéfica aún que el arca bíblica, los cultiva y desarrolla para difundirlos después sobre el mundo, cuando, satisfecha la ira de Dios, el iris de paz aparezca en lontananza. ¡Glorioso destino del cual emana una ley de la historia!

Si estudiamos ésta atentamente, veremos que, cuando en las sociedades se desata una corriente de mal, en el seno de la Iglesia el bien contrario cobra nuevo vigor y aliento; de manera que mientras en la humanidad alguna cosa santa ha llegado á corromperse al grado de que la creeríamos muerta, en la Iglesia florece tanto que llega á la completa lozanía.

Ley de las compensaciones y de las reacciones, llamaría yo á esa ley maravillosa, por virtud de la cual siempre existe en la tierra para los mayores males, contrapeso de bien, para los mayores errores, contrapeso de verdad; equilibrio maravilloso del que es profética imagen el arca bíblica flotando sobre el haz de las aguas.

San Agustín dice que Dios compensa las adversidades de la Iglesia con prosperidades y consuelos, y á la ciudad santa de Jerusalén aplica aquellas palabras del Salmista: "De día y de noche me sirvieron de pan mis lágrimas." (1)

Es decir, entiendo yo, que así como el pan se asimila al cuerpo y le da fuerza y vida, así las tribulaciones de la Iglesia y las lágrimas que derrama, no la debilitan ni la agotan, sino que, convertidas en verdadero alimento suyo, le proporcionan sangre y vigor.

En otra parte, el gran Obispo exclama con elocuencia digna del asunto: "Entre las persecuciones de la tierra y entre los consuelos de Dios, discurre peregrinando la Iglesia." (2)

Supuesta su divinidad y la misión que le señaló Cristo, no se presenta dificultad en descubrir *á priori* esa gloriosa ley; pero es hermoso y útil comprobarla en la historia, y muchos sabios no católicos la han advertido y confesado, más ó menos explícitamente. (3)

En los primeros tiempos del Cristianismo, mientras en torno de la Iglesia naciente, el conquistador oprimía pueblos y razas y el patricio muchedumbres de esclavos; mientras la sed de goces y riquezas se consideraba un legado de los dioses, al grado de exclamar el poeta: *auris sacra fames*, la sociedad cristiana recibía en su seno, como iguales, pobres y ricos, siervos y señores, y la comunidad de bienes, utopía del socialismo moderno, era en la Iglesia real y efectiva, por obra de la más profunda caridad. (4)

Lammenais dice: "Sería obra interesante la de mostrar, tanto como es permitido al hombre, cuáles han sido las miras de la Providencia en las persecuciones contra la fe. Entonces se vería á cada error producir el desarrollo de una verdad, cada crimen engendrar una virtud: porque cuando más estragadas están las costumbres por algunos sectarios, más vela la Iglesia sobre sus hijos; y las increíbles austeridades de los primeros solitarios, fueron, en cierto sentido, como el efecto y la expiación de los infames desórdenes de los Gnósticos y de la licencia monstruosa de los paganos. Cuando algunos hombres concedían todo á los sentidos, fué necesario que otros les rehusasen todo: cuando la

voluptuosidad tenía altares, fué necesario que la castidad tuviese mártires." (5)

En los tiempos bárbaros, la Iglesia recogía los restos de la civilización latina, como se recoge á un niño —dice Thiers— sobre el cadáver de su madre muerta; y al individualismo bárbaro y feudal, contraponía el socialismo cristiano de los monasterios; á las tendencias opresoras de la nobleza, la democracia más verdadera que hayan visto los siglos; al espíritu de dominación y de conquista, la libertad que daba á sus esclavos y su triunfo final sobre la esclavitud; al instinto belicoso de los caballeros, por el cual dice Lacordaire, Europa estaba siempre con la lanza en la cuja y el pie en el estribo, esperando de qué lado venía el rumor de la injuria, aquella institución suya, no bien conocida ni bien ponderada, cuyo código era para el guerrero lo que la regla para el monje, aquella orden de la caballería madre del honor, inspiradora de las más altas hazañas, creadora única de aquel linaje de épicos personajes, en el que sobresalen como modelos de las virtudes del cristiano y del soldado, maravillosamente fundidas, Carlo Magno y Godofredo, San Fernando y San Luis. (6)

Pero adviértase que la Iglesia no cura el mal, como pretenden hacerlo los gobiernos temporales, valiéndose de medios exteriores. El médico busca la medicina en la naturaleza, Jesucristo la saca de sí mismo. "De mí ha salido una virtud"—decía una vez al curar un enfermo— y la Iglesia lo imita. La Iglesia reacciona contra el mal por su caridad. Apela ciertamente al anatema, al brazo secular, á la predicación; pero ape-la también á otro medio mejor que todos, á su purificación propia, á revestirse de la virtud contraria al mal que combate, á la penitencia y á la oración que esa virtud le inspiran. Y ésta (un psicólogo pudiera explicar el fenómeno hasta naturalmente) le da tal clarividencia, que discierne en el mal enemigo los elementos de bien que pueda entrañar y entraña muchas veces, y no combate por eso el espíritu guerrero, sino que lo disciplina con la caballería y lo encamina á las Cruzadas; no excomulga al arte pagano, sino en cuanto es sensual, y lo acoge y hasta lo cultiva en cuanto que es bello; el espíritu científico de inquirir y de in-

novar, que le ha causado tantas heregías, no es ahogado por ella en época alguna, sino que procura encauzarlo, y son tantos los ejemplos, que no los enumeraría nunca.

En los tiempos modernos, la acción de la Iglesia, ya más libre ésta de sus ligas con los gobiernos temporales y más bien determinado el campo suyo y el de ellos, parece que se acentúa y se perfila mejor, y la ley de compensación que estudiamos, aparece con claridad maravillosa.

Por ejemplo, á medida que en las sociedades humanas el principio de autoridad se ha ido relajando, hasta el punto de que hay sistemas socialistas que proclaman la anarquía y el nihilismo, en la Iglesia se ha ido robusteciendo, hasta llegar á la declaración de la Infalibilidad Pontificia; es decir, hasta obtener el completo triunfo, y esto sin golpes de mano, sin violencia ni intriga, sino por una evolución fácil, natural y lógica de las ideas, que vino verificándose durante veinte siglos, para producir el fruto en la oportunidad elegida por la Providencia. (7)

Es admirable ese contraste entre la autoridad humana que baja, y la de la Iglesia que sube, y mientras la primera, más débil cada día, aunque lucha sin cesar, pierde terreno siempre, la segunda obtiene completo y definitivo triunfo. Quizá la declaración de la Infalibilidad presenta el único caso, de que un problema sociológico quede resuelto definitivamente, sin dar margen á dificultades ulteriores.

Como dice Lammenais, después de Jesucristo no se ha inventado ninguna virtud, pero en cambio muchas se olvidan por los hombres. Sobre todo, las grandes virtudes cristianas, la humildad, la pobreza, la obediencia, la castidad, el silencio, hubieran desaparecido de la tierra en el pasado siglo sin la solicitud de la Iglesia, que no sólo las conservó en su seno, sino que las hizo florecer admirablemente en infinitas instituciones religiosas.

Para no hablar sino de la más extraña en estos tiempos, la más inexplicable, la que ni muchos cristianos comprenden siquiera, la virtud del callar, recordamos que la Iglesia no sólo la ha cultivado en los claustros,

sino que le ha dado universal prueba de su estima, proclamando Patrono suyo al hombre del silencio.

No podemos resistir el deseo de insertar las palabras de un gran observador, profundo psicólogo, uno de los escritores católicos más originales, Ernesto Hello, que hablando de San José escribe:

“¡San José! ¡la sombra del Padre! ¡aquel sobre quien la sombra del Padre se proyectaba densa y profunda! ¡San José! ¡el hombre del silencio! ¡aquel á quien la palabra apenas toca! El Evangelio no dice de él más que esto: “Era un hombre justo;” el Evangelio tan sóbrio siempre en palabras, es más sóbrio aún al hablar de San José. Diríase que este hombre, envuelto en el silencio, inspira silencio. El silencio de San José produce silencio alrededor de San José. El silencio de su alabanza, su genio, su atmósfera. Donde él está el silencio reina. Dicen algunos viajeros que cuando el águila se cierne, el peregrino sediento adivina una fuente en el lugar del desierto, donde la sombra del águila se proyecta. El peregrino escarba la tierra en aquel lugar, y el agua brota. El águila lo había dicho en su lenguaje, esto es, cerniéndose. La belleza se convertía en utilidad: y el que tenía sed, entendiendo el lenguaje del águila, buscaba entre la arena, y encontraba el agua.

Haya lo que haya de verdad natural en ella, esta preciosa leyenda es fecunda en grandes símbolos. Cuando la sombra de San José se proyecta en alguna parte, el silencio no está lejos de allí. Escárbese la arena, que en su significación simbólica representa la naturaleza humana, y el agua brotará. Y el agua será aquel silencio profundo en el que están contenidas todas las palabras; aquel silencio vivificante, refrescante, apaciguante, saciante: el silencio substancial. Donde la sombra de San José es proyectada, la substancia del silencio, profunda y pura, brota de lo más hondo de la naturaleza humana.” (8)

Pero la mejor aplicación que puede hacerse de esos hermosos pensamientos al asunto que tratamos, la hace el mismo Hello, á quien gustosos cederemos otra vez la palabra, satisfechos de que el juicio de tan poderoso pensador venga á confirmar el humilde nuestro:

“El siglo XIX es, sobre todos, y en todos sentidos del vocablo, el siglo de la Palabra. La Palabra, buena ó mala, llena nuestra atmósfera. Una de las cosas que nos caracterizan es el ruido. Nada más ruidoso que el hombre moderno: ama el ruido, le gusta hacerlo alrededor de los demás, y le gusta, sobre todo, que los demás lo hagan alrededor suyo. El ruido es su pasión, su vida, su atmósfera: la publicidad reemplaza en él muchas otras pasiones que mueren ahogadas en esta pasión dominante, á no ser que vivan de ella y se alimenten de su luz para brillar con mayor violencia. El siglo XIX habla, llora, grita, se alaba y se desespera: y todo lo convierte en exhibición. Detesta la confesión secreta y estalla á cada momento en confesiones públicas. Vocifera, exagera, ruge. Pues bien, este siglo de estrépito será el que haya visto elevarse y engrandecerse en el cielo de la Iglesia la gloria de San José. San José acaba de ser elegido oficialmente patrón de la Iglesia entre el fragor de la tempestad; y es más conocido, invocado y honrado que en tiempo alguno.

Entre rayos y truenos prodúcese insensiblemente la revelación de su silencio.”

Basta de ejemplos. Los indicados servirán á quien desee estudiar con fruto la historia de la Iglesia, si no para convencerlo de la existencia de esa ley providencial, al menos para atraer su atención acerca de tan hermoso asunto, y no se necesitará más para que, si procede de buena fe y examina los hechos con criterio imparcial, llegue á descubrir en la Iglesia esa voluntad, esa aptitud y ese instinto, los tres formando su temperamento propio de reaccionar contra el mal exterior, sobre todo, por la purificación interior.

Y no se traigan á cuento los Papas malos (dos ó tres á lo sumo en la larguísima serie) (9) ni los vicios del clero en determinadas épocas, porque siempre el bien ha dominado en la Iglesia, y, sobre todo, porque de ella misma ha salido el remedio, demostrando que es santa, pues encierra la virtud de santificar. Si la sal se hiciera insípida ¿con qué se le devolvería el sabor?

Hé aquí lo que dice Pastor de Alejandro VI, aplicable también á otros Papas de no muy limpia reputación, que no fueron ciertamente sino dos ó tres como ya dijimos: “Hasta su postrer instante no cesó de os-

tentar á los ojos de todos, con cinismo absoluto, su existencia culpable. Y sin embargo, es digno de notarse que en las cuestiones puramente religiosas, Alejandro VI no ha dado margen á ninguna censura fundada, y jamás sus enemigos más encarnizados han podido formular contra él alguna acusación precisa y grave. La pureza de la doctrina religiosa quedó intacta. Parece que la Providencia quiso demostrar que si los hombres son capaces de hacer algún mal á la Iglesia, son incapaces de destruirla.”

Y en otra parte agrega el mismo historiador: “Si durante todo el Pontificado de Alejandro VI las cuestiones del orden temporal le merecieron mayor atención, no le absorbieron sin embargo, al grado de impedirle enteramente se ocupase en las cuestiones religiosas. Bajo su reinado, la acción gubernativa se hizo sentir, en suma, con toda regularidad en las cosas de la religión, á pesar de las circunstancias deplorables del tiempo, fenómeno feliz, del que no se puede encontrar la explicación, sino en la maravillosa organización de la Iglesia.” (10)

Y así como la declaración de la Infallibilidad Pontificia se hizo en su tiempo, es decir, cuando lo requería una gran necesidad humana, la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción, que vamos á estudiar en su oportunidad y en su trascendencia, verificóse igualmente por virtud de esa ley de reacciones y compensaciones, para combatir con ella la dañosa filosofía imperante, para poner un dique á la marea de sensualidad que crecía y crecía siempre; á la tendencia diabólica del suicidio que precisamente desde el año de 1854 comenzó á tener más incremento; al divorcio, gangrena de la familia; al socialismo que ya amenazaba á la autoridad y la propiedad con brutal insolencia. Para poner valla á esa marea espantosa, la Iglesia necesitaba esfuerzo supremo, y lo hizo acrisolando las virtudes opuestas al mal amenazante, y elevando á Cristo la más solemne y universal de las plegarias, con el auxilio de la Madre de Dios, á quien en cambio de nuevo homenaje, pedía nuevo rayo de luz para la fe, nuevo aliento para la caridad y la esperanza.